



Cristóbal Colón y su proyecto

Cristóbal Colón. El encuentro entre dos mundos (fragmento)



(...) La figura de Colón se encuentra, hasta el día de hoy, envuelta en el misterio. No tenemos muchos datos para rehacer su vida, especialmente antes de su expedición ultramarina. Apenas podemos conjeturar que habría nacido en Genova, en torno a 1451.

En aquella próspera república, Colón habría aprendido desde sus primeros años el arte de navegar. Enrolado como grumete en alguna de las flotas comerciales de la ciudad, se habría acostumbrado a observar la tierra





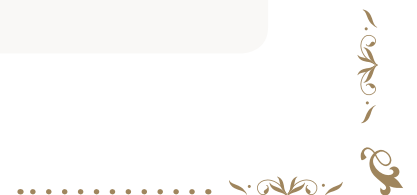
desde la perspectiva del mar.

Si así fue, sus tempranas ocupaciones le ofrecieron experiencia a raudales. El mismo afirmaría más tarde que, a lo largo de sus años de juventud, había visto “todo el levante y el poniente”. Seguramente habría viajado desde el límite del Mediterráneo cristiano, Quíos, hasta al extremo del Atlántico conocido, Islandia, no sin pasar alguna vez por Guinea. Recorriendo el mundo en calidad de agente comercial, habría sufrido las aventuras propias de la vida del mar: tempestades, remolinos, naufragios y piratas.

Al hilo de las conjeturas, podemos decir que fue precisamente uno de estos azares lo que lo condujo a Portugal en agosto del año 1476. Víctima de corsarios, llegó como náufrago a la ciudad de Lisboa, que por aquella época constituía un activo emporio comercial en donde se hacían grandes negocios con el comercio ultramarino.

El recién llegado pareció encontrar de inmediato su hueco en la sociedad lisboeta. Continuó trabajando para sus patrones genoveses y, aprovechando las circunstancias, se inició en el arte de dibujar mapas de navegación. Poco después incluso se casó con portuguesa.

Felipa Muniz de Perestrello pertenecía a la nobleza de

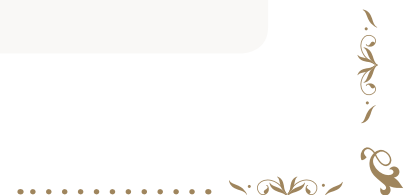




aquellas tierras y, aunque su linaje estaba bastante venido a menos, la familia todavía conservaba una hacienda en una remota isla atlántica: Porto Santo. Se trataba de un menudo e insignificante islote, cercano a Madeira, que se adelantaba como un ínfimo balcón sobre el Atlántico. Aunque no parecía gran cosa, guardaba un secretopreciado. En la casa del suegro, por aquel entonces fallecido, se conservaban las cartas y papeles del viejo marino.

La madre de Felipa, viendo que tenía un yerno a quien fascinaban tales relatos, se las entregó. No conocemos su contenido, pero muchos historiadores han adivinado en esas amarillentas “cartas de marear” la distancia y la ruta que siguió Colón para atravesar el mundo. Desde aquel entonces, el hábil genovés se habría dedicado acuciosamente a recoger indicios que probaran la viabilidad de aquel propósito: testimonios, noticias, tradiciones, leyendas...

Otra historia, tan misteriosa como no confirmada, viene a sazonar la confi-guración del proyecto. Según algunos, por aquellos días el mar habría arrojado a las costas de Porto Santo a un piloto moribundo. Colón lo habría albergado en su casa, cuidándolo hasta su muerte. Durante su agonía el marino habría certificado

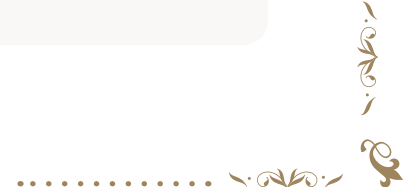




la existencia de tierras camino del poniente, en el grado 28 del paralelo norte, a 750 leguas de las islas cristianas. En 1527 Bartolomé de las Casas avaló esta hipótesis afirmando que Colón estaba “tan cierto de descubrir lo que descubrió y de hallar lo que halló, como si dentro de una cámara con su propia llave lo tuviera”. Y aunque no existe certeza sobre el hecho, tampoco es descabellado pensarlo. No son pocos los indicios de presencia europea en América pocos años antes de la llegada de Colón. Una avanzada de este tipo permitiría, además, explicar otro de los grandes misterios de la expedición: aunque los planes del Almirante estaban plagados de errores de apreciación y carecían de cualquier consistencia científica, lo cierto es que hubo al menos dos cosas sobre las cuales jamás dudó y a las que atinó en pleno: la distancia (750 leguas desde la Isla de Hierro) y la ruta (la línea de los vientos alisios).

Desde luego, aquellos indicios no sugerían otro continente. Simplemente proponían llegar a las lejanas tierras de Catay y Cipango, es decir, la China y el Japón, por una ruta totalmente alternativa.

Unavez que el proyecto hubo fraguado, llegó el momento de realizarlo. Apoyado en contactos familiares, Colón se presentó en 1483 en la corte del rey portugués, Juan II.

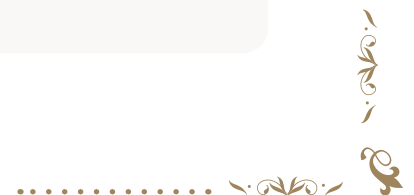




Era preciso un patrocinio real para su empresa, y Portugal siempre había sobresalido por su interés en los mares. Su tradición naviera lo había llevado a descubrir nuevas rutas, a perfeccionar el diseño de las embarcaciones y a manejar con soltura los instrumentos de orientación. Hubiera debido tener éxito... pero la suerte no lo acompañó. La impresión que dejó en la corte fue lamentable. Los cronistas portugueses nos dibujan a un Colón "altivo, descortés y rebelde". Seguramente quiso mostrarse seguro y asertivo: necesitaba dar la mejor de las impresiones. Y como suele suceder en estos casos, ofreció la peor.

Se dice que, a pesar de aquella decepción, el rey de Portugal quiso verificar por sí mismo aquel plan descabellado. Tenía razones para hacerlo. Encontrar la ruta a Catay y a Cipango equivalía a disponer de un imperio nunca antes soñado. Con esas consideraciones en la mente, el soberano encargó un estudio científico sobre el tema. Y aunque oficialmente el informe fue negativo, el monarca decidió salir de dudas acometiendo el proyecto a espaldas de aquel pedante.

Que el mundo era redondo no suscitaba ningún problema. Se trataba de una convicción del mundo antiguo que nunca había desaparecido a lo largo de los siglos del Medioevo. El problema era otro: la distancia y la ruta. ¿Qué anchura tenía el océano? Se trataba de una



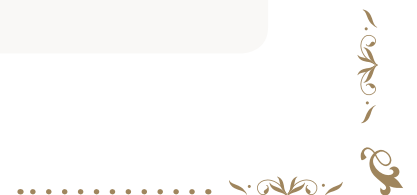


discusión en la que parecía imposible poner de acuerdo a Aristóteles, Eratóstenes, Estrabón, Séneca y los muchos otros que se habían ocupado del tema. Por lo demás, ¿qué podían saber aquellos sabios de biblioteca acerca de una cuestión como ésta?

Con estas ideas en la cabeza, Juan II se habría lanzado a la aventura. Su estrategia de prescindir de Colón abarataba notablemente los costos. Aquel insolente advenedizo había solicitado el título de Gran Almirante del Mar Océano, el Virreinato de las tierras descubiertas y un diezmo de los beneficios. Los navegantes contratados por el rey se conformaban con derechos bastante más exigüos.

Con todo, Colón se había guardado su máspreciado secreto: la ruta. Y a pesar de tanta baratura, sin mapas, la expedición habría marchado directa al fracaso. Al ver los resultados, el rey de Portugal no habría tenido más alternativa que archivar rabiosamente el proyecto.

Muy poco después, cuando en 1487 las carabelas de Bartolomé Días doblen el cabo de Buena Esperanza, es decir, el punto en que la costa africana deja de correr hacia el sur y se endereza hacia el norte, Portugal perdería todo interés en la empresa. Ya no necesitaba ninguna ruta alternativa; Oriente le abría sus brazos por debajo del África.

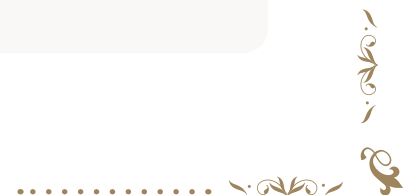




Sin esperanza de encontrar apoyo en Portugal, Colón decidió cambiar de horizontes: marchó a España y, aprovechando algunos contactos familiares, se estableció en Palos. Por aquellos días era un hombre derrotado: viudo, sin dinero y con un hijo pequeño que alimentar. ¿Estaría llegando al fin de su carrera como descubridor?

En realidad, hacía falta algo más que un par de negativas para desanimar a Colón. Siempre había tenido la convicción de que había nacido para grandes empresas. Aquel proyecto grandioso lo había afianzado en la misma persuasión. ¿Por qué, entonces, habría de rendirse? Hoy podían reírse de él, despreciarlo y humillarlo. ¡Que lo hicieran! El tiempo le daría la razón: algún día su nombre alcanzaría la gloria de haber dividido la historia en dos.

Con pensamientos como estos, Colón engañaba a la pobreza que día a día apretaba el cerco a su alrededor. En su fuero más íntimo, simplemente esperaba que el destino o la providencia le abrieran una puerta antes que fuera demasiado tarde. E inesperadamente así fue. Muy cerca de allí, en la Rábida, había un monasterio franciscano con el cual el futuro Almirante no tardó en trabar contacto. Uno de sus frailes, fray Antonio de Marchena, era un experto cosmógrafo. Aquel religioso

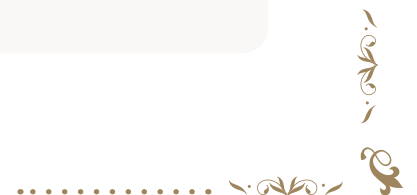




tuvo la paciencia necesaria para escuchar a Colón: los hallazgos de Porto Santo, los sueños del Oriente y las derrotas en la corte lusitana. A los pocos días, Marchena se había dejado fascinar por su discurso. Hay quien dice que el visionario genovés le contó el secreto que jamás había revelado al rey de Portugal: la ruta. Y no es improbable que el ladino almirante lo haya hecho bajo secreto de confesión, con el fin de evitar cualquier divulgación inesperada.

Lo cierto es que este contacto le fue valiosísimo. Le procuró dos herramientas de las que carecía por completo. En primer lugar, le ofreció una base científica para su proyecto: una vistosa multitud de citas tomadas de antiguos textos clásicos. Tal vez no constituyeran un gran fundamento teórico; muchas de ellas ni siquiera concordaban entre sí. Pero bastaban para hablar de igual a igual con los sabios de su tiempo.

En segundo lugar, el franciscano tenía literalmente “santos en la corte”. Era amigo del confesor de la reina Isabel, lo que le ofrecía un pasadizo de lujo a los centros de decisión monárquica. Esto último poseía una importancia vital: aquellos años no eran buenos para solicitar audiencias. Los Reyes Católicos se hallaban intensamente involucrados en la conquista de Granada, el último bastión islámico de la península,





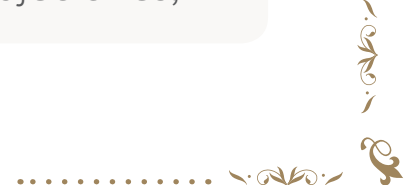
y apenas tenían el tiempo y la serenidad para atender proyectos nuevos.

Después de muchas insistencias, Colón pudo presentarse ante los reyes el año 1486. Según Antonio de Herrera, el Almirante era por aquella época “alto de cuerpo, el rostro luengo y autorizado, la nariz aguileña, los ojos azules, la color blanca que tiraba a rojo encendido; la barba y los cabellos, rubios”, “gracioso, alegre, bien hablado y elocuente”.

Era evidente que había aprendido la lección portuguesa. Ahora se manifestaba brillante y pulsaba eficazmente los resortes de la persuasión. Cuando hablaba de su viaje sabía traducirlo de acuerdo a las ambiciones de su auditorio: unas veces apelaba al oro y a la riqueza; otras, al poder y a la ambición. En ocasiones hablaba con suprema unción de las almas que se conquistarían para Cristo, y no pocas veces profetizaba la futura derrota del Islam, atenazado inflexiblemente entre dos frentes enemigos.

Esa, al menos, era la cara que había aprendido a mostrar en la corte, pero, en la realidad, era un hombre duro e inflexible. Al discutir su proyecto se mostraba áspero e impositivo, y gustaba arrogarse una autoridad que, en realidad, no tenía. No aceptaba nada que contradijera sus ideas, aunque fuera un detalle sin importancia.

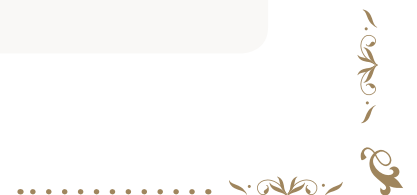
Tendía a ser desconfiado y nunca ponía sobre la mesa todas sus cartas. Cuando se le planteaban objeciones,





se las ingeniaba para responder siempre a medias; sufría sólo de pensar que alguien pudiera robarle su gran idea. Esto no le impedía ser un experto negociador: si bien guardaba celosamente sus secretos, daba siempre a entender que sabía más de lo que hablaba.

A pesar de todo, los reyes se manifestaron satisfechos después de aquella entrevista. Por mandato real una comisión de hombres sabios se reunió en Salamanca para examinar el proyecto. Llegado el momento, Colón echó mano a toda una batería de citas para demostrar que la distancia era navegable: Aristóteles, Séneca, Estrabón, Ptolomeo, Averroes, la Biblia..., nada se le quedó en el tintero. El Atlántico, afirmó el futuro descubridor con aplomo absoluto, no podía ser más ancho que el Mediterráneo. La Comisión sometió a riguroso examen la empresa. Lamentablemente, el informe fue lapidario. Aquel viaje era, en el lenguaje de los examinadores, “temerario, oscuro y contrario a los designios de Dios”. En realidad, los sabios tenían razones para afirmarlo. Colón pretendía ir a Japón y a la China; nunca había postulado que existiera otro continente en medio. Habida cuenta de las dimensiones de nuestro planeta, hubiera sido completamente imposible realizarlo. El genovés, de hecho, suponía un diámetro terrestre que no cubría ni la mitad del real. Víctor Hugo lo dirá con total simpleza cuatro siglos más tarde: “Si Colón hubiera sido un buen





cosmógrafo, jamás hubiera descubierto América”.

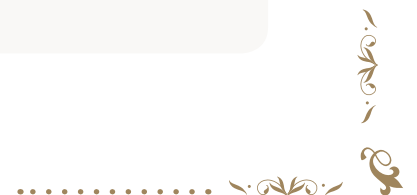
Para completar el panorama, el genovés no parece haber estado en forma el día que compareció ante los sabios de Salamanca. Dejó ver su ignorancia en cuestiones científicas elementales que pusieron razonablemente incómodos a los entendidos. ¿No sería un charlatán este marino visionario?

A pesar de todo, los Reyes Católicos no mataron el asunto. Con la prudencia propia de un buen soberano, dieron a entender que miraban con simpatía el proyecto, dejándolo para “cuando más desocupados se vieses”.

Comenzaba el largo vía crucis de Colón. Cesante, perseguido por la pobreza y con la obsesión del viaje en la mente, el futuro Almirante no parecía capaz de inclinar la balanza a su favor. Ir a la derecha por los mares de la izquierda constituía una empresa que nadie parecía considerar con seriedad.

Impotente y abrumado, Colón debe de haber pensado con rabia en los diez años de guerra que habían librado los Reyes Católicos para hacer propia Granada. ¡Miles de ducados y vidas humanas gastadas en esa empresa! ¡Y él no pedía más que un par de carabelas para conquistar un imperio! ¿Cómo luchar contra aquella ceguera? ¡España no tenía oídos para el proyecto que la convertiría en la cabeza del mundo!

Por primera vez, el paso del tiempo comenzó a minar su



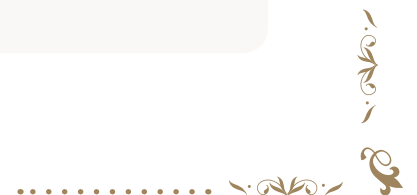


resistencia. Pensó entonces en poner su proyecto bajo bandera inglesa o francesa. Tal vez la suerte le sonriera en otra corte más propicia. Corría el año 1491.

Poco antes de abandonar España, Colón quiso hacer una postrera visita a la Rábida, el único lugar donde se había dado crédito a su empresa. Allí los frailes lo convencieron de darle una última oportunidad a la corona. Mal que mal, la rendición de Granada esta vez era inminente.

Colón solicitó desgadamente una entrevista y, contra todo pronóstico, la respuesta de los reyes fue escueta y esperanzadora. Se le enviaron cien florines para que se vistiera decentemente y alquilara una muía: debía reunirse con la corte en Santa Fe.

Al parecer, la reina Isabel no había olvidado a aquel aventurero brillante y sugestivo que le había prometido un imperio a cambio del dinero para tres carabelas. Es verdad que la oferta parecía descabellada; el rey Fernando pensaba que Colón era un farsante mercachifle con quien no valía la pena invertir siquiera el tiempo de una entrevista. Pero la intuición de su mujer pesaba mucho en la corte; tal vez más que el sentido común de los sabios. Por lo demás, la sola posibilidad (aunque fuera ínfima) de ganar la carrera de los mares a Portugal hacía la





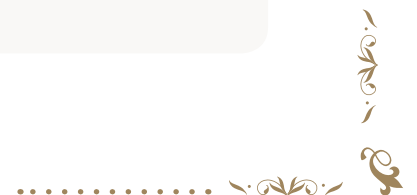
empresa irresistible.

Una vez en Santa Fe, los buenos presagios se consolidaron. Desde el inicio la decisión pareció ya tomada y, más que cuestiones científicas, se debatieron pagos, porcentajes y emolumentos. La discusión fue ardua: las pretensiones de Colón eran desmesuradas. Los Reyes debieron negociar con él entre la sorpresa y la irritación: era como si aquel muerto de hambre se presentara en la corte con la absoluta certeza de que encontraría oro a puñados.

Con todo, el futuro Almirante se mantuvo impertérrito y no cedió un palmo. Tenía alma de comerciante y, cuando se trataba de fijar un precio, no lo incomodaban las esperas ni lo alteraban los regateos. Después de tanto tiempo, ¡nadie le quitaría lo que a sus ojos le correspondía!

En realidad, los años de pobreza en España lo habían vuelto desconfiado e inflexible con las cuentas. Aquel viaje debía hacerlo rico a toda costa. Jamás tendría otra oportunidad como ésta. Era preciso jugarlo todo a una sola carta. ¡O se hacía en sus términos o simplemente no se hacía!

¿De dónde provenía tanta exigencia? ¿Acaso los fulgores del oro lo hacían perder la sensatez? Seguramente.

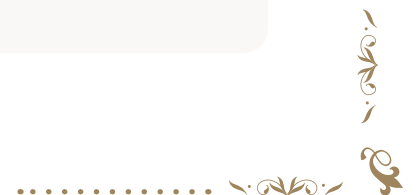




El mismo Colón, duro e intransigente con los reyes, se mostraría después mezquino y despótico con sus subordinados. Meses más tarde, en un acto turbio y arbitrario, el Almirante escamotearía a uno de sus marinos, Rodrigo de Triana, el premio ofrecido por el Rey a quien primero avistara tierra. Según Colón, él habría visto la orilla antes que el vigía lo gritara desde su puesto.

En la corte, sin embargo, la dureza de Colón estaba comenzando a agriar el ambiente. En medio de aquel tira y afloja los reyes perdían la paciencia. Llegó el momento en que el genovés, derrotado, no tuvo más salida que hacer las maletas y marcharse. Pudo haber sido su postrer fracaso... Pero el destino dio un último golpe de mano. A las afueras del pueblo lo salieron a encontrar inesperadamente mensajeros reales para traerlo de vuelta. Al día siguiente se firmaron las capitulaciones en los mismos exactos términos que Colón había establecido desde el inicio.

Sería almirante vitalicio y como tal detentaría el control del comercio marítimo. Tendría, además, el cargo de Virrey y Gobernador de las tierras descubiertas. Un





tercio de los beneficios y un diezmo de las mercancías movidas por el almirantazgo irían a engrosar sus arcas. Finalmente, Colón lo había logrado.

Elaborado por: Gerardo Vidal en El tiempo de las reformas y los descubrimientos, año 2009

Editorial Universitaria

